

La voz de Eugenia

Jorge Ricaldoni

Image not found.

Capítulo 1

La voz de Eugenia

Eugenia cantaba. Cuando el sol se levantaba en pantuflas por el Este, cuando se nublaba y cuando el sol se iba a dormir abochornado por el Oeste. Le cantaba también a la luna, no importando si estaba creciente, llena o menguante. Tenía una canción distinta para cada estrella. Las nubes y la niebla también la inspiraban.

En su casa tenía una hamaca pendiendo de un alero, que estaba frente al gallinero. Cuando Eugenia terminaba aturdiendo a sus mayores, la mandaban a hamacarse de frente a las gallinas. Allí cantaba, y en más de una oportunidad, sin saber por qué, un gallo rojo con aspecto mandón, la acompañaba, especialmente las tardes de verano de mucho calor.

María Eugenia cantaba con voz dulce y melodiosa mirando al sol, cuando lo había, contando nubes o estrellas cuando atardecía. Estaba convencida de que la luna llena era un reflector que había puesto el Creador para iluminarla a ella en su arte, y tan solo a ella.

Como todo lo que se practica con empeño, el arte de Eugenia fue perfeccionándose. Seguramente hasta las gallinas ya se supieran las letras de sus canciones repetidas hasta el hartazgo.

Una tarde de verano, en la galería de piso de cerámicas rojas, que de tanto pasarle kerosene reflejaban los batones negros de sus tías. Ellas llevaban luto permanente por los padre muertos hacía más de veinte años; por una prima segunda a la que quisieron mucho, fallecida en Bilbao, de lo que se enteraron a seis años de ocurrido, y por si acaso también. Hubo un conciliábulo de mayores. ¡Eugenia debía estudiar canto! Lo que era un placer para la niña se convertiría en un deber impuesto, porque simplemente así debía ser. "Si ha de cantar, ¡qué lo haga bien!", dijo la severa y siempre ceñuda tía Luisa, madrina de Eugenia. "¿A vos te parece que tenga una obligación así desde tan chiquita?" preguntó la tía Mary, que era la única alegre de las hermanas solteras. "A mí me parece que canta bien," balbuceó la tía Bernarda, cuyo luto no se notaba porque su ropa estaba siempre cubierta de nubes de harina. "¡Callate Berna! ¿Qué sabés? ¡Si vos sos más sorda que un ladrillo!" concluyó la pequeña y frágil tía Balbina.

Para bien o para mal, al día siguiente, la tía Luisa se pintó de rojo, y con forma de corazón, los labios, esos que nunca habían besado a un hombre, y partió rauda a lo del maestro di Chiara.

El maestro era todo un misterio para el pueblo. A los pueblos les encantan los misterios, y cuanto más inverosímiles, mejor. Era un italiano,

compositor de música académica, arreglador, director de orquesta, director coral y un tenor de voz trémula. Demasiado para un pueblo perdido en el medio de la llanura pampeana, demasiado lejos de Buenos Aires para estar cerca y demasiado cerca para crecer con vida propia. Algunos decían que en realidad era un prófugo escapando de la "Cossa Nostra". Otros, no menos imaginativos, le endilgaban que en realidad el mismísimo di Chiara era un miembro de la "Ndrghetta" y de quien realmente escapaba era de los carabinieri italianos. No faltó el que supusiera que era un "camisa negra" que había huido de Catanzaro, cuando la invadieron los aliados y se precipitó la caída de Benito Mussolini. Fuera como fuese, el maestro calabrés, estaba allí y regalaba su arte desde el Teatro Florencio Constantino a todo el pueblo de Bragado. Nadie se molestó jamás en averiguar la verdad: di Chiara había sido el más brillante director del Politeama y tenía una familia pequeña compuesta por su mujer –que según dicen era bellísima– y su hija de pelo negro y ojos verdes. Cuando la guerra se llevó la paz del Sur de Italia, a su paso también arrasó con los dos amores del maestro di Chiara, que entonces buscó en la planicie del otro lado del Atlántico, la paz que le habían arrancado en el istmo de Marcellinata. Dejó de derramar lágrimas en el mar Jónico y decidió echarlas en los atardeceres, sentado en las barrancas del Río Salado, mirando al Noreste, para ver si veía pasar a sus ángeles perdidos.

La tía Luisa encaró a di Chiara con su ceño fruncido como si lo fuera a retar, aun antes de saludarlo. Le pidió que educara la voz de su sobrina, ahijada y pupila, cargos que llevaba la pobre Eugenia sobre sus pequeños hombros. El maestro sonrió bonachonamente y pasó una cifra de dinero que no fue mayor problema para los padres de Eugenia, que vivían en un pueblo cercano, de Gobernador Carlos Casares, donde la educación no alcanzaba para lo que se esperaba que llegara a ser la niña de los ojos verdes. Luego vino la prueba. Di Chiara quedó maravillado con la voz de la pequeña, pero se cuidó mucho de decirlo. Sabía que Doña Luisa exigiría siempre más.

Pasó el tiempo y en lugar de clases, hubo apenas un tutelaje. La armonía surgía de María Eugenia como el agua de la montaña: fresca, cristalina e imparable. Tenía un don natural. Elegían temas. Ensayaron. Probaron. Todo salía maravillosamente e *in crescendo*.

No tardó mucho tiempo en hacerse pública la preferencia del maestro di Chiara por la prodigiosa Eugenia. Los mitos, creados por los secretesos de las viejas apoyadas en las escobas, mientras barrían sus respectivas veredas, arreciaron como olas en la tormenta. Como muchas no sabían quiénes eran los verdaderos padres de la niña, primero la dieron por huérfana expósita, criada por las hermanas Roteta. Cuando se enteraron de sus increíbles dotes con el canto, supusieron que en realidad se trataba de una hija sacrílega del maestro di Chiara. Aquellas habladurías le cayeron peor que mal a la severa tía Luisa. Así como decidió que Eugenia

fuera a estudiar canto, también dispuso inconsulta y terminantemente que dejara de hacerlo. ¡El honor de la familia estaba primero! ¡Qué embromar!

Muchos sufrieron por la decisión de la guardiana de la moralidad de aquella casa de gente tan bien nacida, con misa y comunión diaria. Sufrió Eugenia que se había acostumbrado a hacer un tremendo despliegue de sus dones frente a alguien que la comprendía a la perfección. Sufrió la tía Mary que gozaba con la alegría ajena como consuelo de la falta de una propia. Sufrió el maestro di Chiara que tuvo que volver a las clases desafinadas de los niñitos de la escuela primaria. Es probable que hayan sufrido el sol, la luna, las estrellas, las nubes y hasta el mismísimo Dios. El único que gozó fue el gallo colorado y mandón, que recibía frente a su reino alambrado y salpicado de maíz, las tonadas de Eugenia.

Nadie más habló de una paternidad pecaminosa y todos en paz.

Eugenia, por su parte, cerró su garganta y en su rostro creció el pánico escénico. No cantaba más que en voz muy queda, debajo de la flor de la ducha o de las del ceibo. En la misa se llamó a silencio para que las miradas no se posaran en ella. Cantaba el Himno Nacional casi en secreto para que no la oyeran y recordaran la estúpida habladuría. Solamente se animaba un poco con la Marcha de San Lorenzo.

El tiempo pasó.

Las notas y el recuerdo de las canciones se fueron apagando. Di Chiara hacía todo cuanto las fuerzas le permitían en el Constantino. Todo se desenvolvía con relativa calma hasta una tarde le llegó una carta al teatro, anunciándole que el 9 de abril de 1959 debía preparar una función de gala conmemorando el septuagenario de la llegada a la Argentina de Florencio Constantino, el fundador de la sala lírica, pero también de despedida porque ya no había dinero en las arcas del municipio para mantenerlo. Asistiría el agotado y envejecido intendente del pueblo, en lo que sería uno de sus últimos actos oficiales. Como un pedido especial, y por las preferencias del Señor Alcalde, le pidieron que en esa velada "se cantara algo" de Giacomo Puccini, como ser fragmentos de *Madama Butterfly*. Allí no terminaba todo, sino que se "sugería" que dicho fragmento fuera nada menos que "*Un bel di vedremo*", en el cual Cio-Cio-San, la joven geisha, se despide de su amor pasajero con el marino Pinkerton que retornaba a su país, y con tan triste canción el pueblo se despediría del Teatro Constantino que se cerraría por mera pobreza.

Di Chiara se quedó con la boca abierta. No podía creerlo. Necesitaría a una experimentada soprano para interpretar algo tan difícil como "*Un bel di vedremo*" y conmover a la multitud que iría a aquella función postrera. El maestro sabía que el intendente quería escuchar esa canción como

propia despedida, conjuntamente con el viejo y desvencijado teatro.

Desesperado por la responsabilidad fue a la casa de las tías Roteta. Eugenia había crecido mucho y era una bellísima muchacha, cuyos ojos encandilaban y su sonrisa era radiante. Cuando el maestro di Chiara le pidió que cantara "*Un bel di vedremo*" para el intendente y la clausura definitiva del teatro, Eugenia se ruborizó y dijo que a ella le daba pánico cantar para el público luego de haber sufrido tantas maledicciones pasadas. Los ruegos del maestro di Chiara se multiplicaron, hasta que la tía Luisa dio la orden: "¡Lo hacés y se acabó!" La pequeña tía Balbina, tan lógica siempre, le dijo "¡Pero Luisa! ¿Desde cuándo a vos te importa el intendente? ¡Si ni siquiera lo votaste porque es radical!" No hubo razón que modificara una voluntad tan vasca y conservadora como la de la Tía Luisa.

Eugenia y el maestro ensayaron a solas durante días y semanas. Cada vez que Eugenia estaba en un ensayo y alguien entraba a la sala, se callaba a la espera de estar nuevamente a solas frente al maestro.

Mil veces Eugenia le dijo que la responsabilidad era demasiada para su poca experiencia, que no podría, que sería un desastre, que esa canción la acongojaba y tanto más sabiendo que sería la última que se oiría en ese teatro. Finalmente di Chiara logró convencerla proponiéndole un plan. El iría al palco central que estaba por encima de la cazuela donde se ubicaría el intendente. Allí estaba el potente seguidor que la iluminaría. Le sugirió que mirara a esa luz como si fuera el sol cuando ella se hamacaba. Qué él la dirigiría desde allí. La orden era terminante lo tenía que mirar únicamente a él y debía cantar desde el alma, para que su música fuera la última que se imprimiera en los muros del teatro.

La noche del 9 de abril llegó. A Eugenia la maquillaron como si fuera Cio-Cio-San. Le recogieron su cabellera negra con dos agujetas como si fuera una japonesa verdadera. Sus ojos verdes y sus pestañas increíbles no necesitaron demasiado maquillaje, aunque tuvo que soportar el blanco del polvo de arroz en su bellísimo rostro.

A Eugenia le tocaba interpretar el número final. Hasta entonces los aplausos habían sido tibios y por compromiso, muestra del ánimo menguante de los presentes, que era proporcional a la decadencia del teatro. Eugenia entró sola al escenario. El telón estaba cerrado. Sabía que el reflector seguidor la estaría esperando para encandilarla y así no ver al público.

Se abrió el telón ante la muchacha. La luz blanca del reflector se le antojó el sol. Eugenia se esforzó por ver los movimientos de los brazos del maestro di Chiara. Apeló a su memoria emotiva, entrecerró los ojos y cantó desde adentro. Recordó que por mucho tiempo no había podido cantar y sintió la misma tristeza que debe haber sentido Cio-Cio-San al

despedir a su amor efímero. Lo hizo profundamente, con sentimiento y una dulzura indescriptible. Sus lágrimas de emoción propia arrastraron parte del polvo de arroz del maquillaje.

El director de la orquesta –que era la Teatro Argentino de La Plata, para honrar aún más tan magno como triste acto– hizo acallar los instrumentos. Todos se guardaron a silencio para admirar a Eugenia que no se percató que había quedado cantando *a capella*. Su voz llenó el teatro. Un concejal lloró con Eugenia. El dueño del almacén de ramos generales bajaba la cabeza porque no quería que lo vieran moquear. El dueño de la acería puso cara de asombro por primera vez en su acerada vida, y que no haya sido delante de una fragua candente de chatarra. El intendente no podía cerrar la boca. Solamente María Callas había llegado a algo similar en 1954.

Cuando concluyó la ovacionaron. Muchos se pararon en las butacas arriesgándose a casi seguros porrazos. La gente gritaba y la idolatraba. Eugenia miró para un costado, como pidiendo que por favor cerraran el telón de una vez. Allí lo vio al maestro di Chiara aplaudiendo a los manotazos con los ojos empapados en lágrimas. Eugenia giró la cabeza y miró al palco donde estaba el seguidor. Di Chiara no estaba allí. Incredula miró para el costado nuevamente y vio al calabrés que esforzadamente cerraba el telón. Eugenia no saludó en ningún momento pese a que las ovaciones siguieron a telón cerrado.

La jovencita corrió hasta el maestro preguntándole si él la había dirigido desde el palco. La respuesta del maestro fue desoladora: “No mi pequeña, los matones que cuidan al alcalde no me dejaron que me quedara en ese lugar, porque estaba sobre la cazuela del intendente, y sabiendo que soy conservador, temían que le escupiera en la pelada como en la fiesta del 9 de julio. Lo hiciste vos sola: desde este montículo de piedra, en el medio de la nada, has hecho llorar a todo un pueblo...” “No entiendo profesor, ¿cómo que a un pueblo?”. Le contestó ella. “Mi pequeña, como mirabas nada más que a la luz del seguidor, no te diste cuenta que te estaba tomando el micrófono de la propaladora. Lo pasó por todos los parlantes del pueblo y además pusieron bocinas en la plaza. Están diciendo que la gente lloró con tu interpretación en todas partes.” “¿La mía profesor?” Insistió ella. “Vos y tu alma Eugenia, porque tuviste ganas y sentimientos. Lo hicieron tu voluntad y vos” Concluyó di Chiara.

Afuera, en la plaza, las ovaciones y los pedidos de besos duraron cinco minutos más. Eugenia, temblando, no pudo hacerlo.

El intendente radical se arregló el ponchito de alpaca sobre el traje príncipe de gales, pidió otro pañuelo de hilo a su mujer, se secó las lágrimas. Estrujó dentro de su boina blanca, en la palma de la mano para que no lo vieran secándose el llanto con un pañuelo con puntillas. Cuando

se compuso, salió tarareando la melodía del aria para sí mismo.

Al día siguiente, la gente de obras públicas del municipio, le entregaron al Señor Intendente Don Bernardo, las tres copias de las llaves de acceso al teatro Constantino. El intendente lo llamó por teléfono a di Chiara y le pidió que se diera una vuelta por su despacho que quería dejarle un recuerdo del paso de su gestión.

Al día siguiente di Chiara, asistió al público despacho del señor intendente, con las mejores galas como si fuera a ver a alguien realmente importante. Los primeros minutos fueran de pompa, protocolo y té oscuro porque no había plata ni para café, ni limón. Los terrones de azúcar Hileret eran un préstamo del bar de enfrente, sin obligación a devolverlos.

Di Chiara, con respeto, tomó su sombrero cuando creyó extinguida la conversación, entonces Don Bernardo sacó un llavero y le dijo: "Son las llaves del Constantino. Yo dejo una aquí, en el tesoro municipal, pero le doy las otras dos a usted, para que de tanto en tanto se dé una vueltita y compruebe que todo esté bien. Disculpe, pero sé que nadie se va a ocupar de ese mamotreto si no es alguien que lo ame, y ese es usted".

Al maestro di Chiara le molestó mucho que nada menos que el intendente tratara de "mamotreto" al teatro, pero mucho no se podía esperar de un radical. El Constantino había sido la caja de resonancia de la más celestial música y la linterna mágica de algo de teatro y mucho de cine en las matinés de los sábados. Debió haber alguien que los sábados por la noche barrieran las montañas de balas que dejaba John Wayne y otros "comboys" que mataban indios a mansalva, para que al día siguiente, domingo por la tarde, se subiera la modesta orquesta municipal a hacer chirriar, como mejor podían, los bronces y maderas de sus modestos instrumentos.

Con tal encomienda el maestro di Chiara iba, de cuerpo presente, cada sábado a recorrer el teatro. En el pueblo, siempre presto a las habladurías, se decía que di Chiara entraba al teatro y se sentaba en una butaca de la segunda fila a la espera de un fantasma. En realidad, de un fantasma de quien decían había sido su único y pasajero amor luego de la muerte de su mujer y su hija. Se aseguraba que había sido una cupletista española, y como todo el mundo sabe, todas las cupletistas son ligeras de cascos, se abalanzaban sobre cualquier músico que se les cruzara, enamorándolo y volviéndolo un irremediable tarambana en sus ausencias, que cuando no borrachos perdidos y letristas de tango. Explicado de otra forma, eran sirenas de tierra firme que les sorbían el seso a músicos, iluminadores y hasta a los humildes teloneros. Mucho peor si eran españolas, y si de andaluzas se trataba, eran capaces de cualquier cosa.

Como tantas otras veces, el pueblo estaba equivocado. Di Chiara no iba de tertulia con el fantasma de la cupletista—~~que~~ ~~que~~ sazón estaba viva y gozaba de buena salud en Cádiz, lidiando con doce críos— sino que desde

su memoria convocaba a los músicos y repetía mentalmente las partituras que más había amado. Cada sábado sólo para él.

Pasaron los meses y di Chiara enfermó. Su mal podía ser cualquiera de los que acontecen cuando el alma decae: vejez, nostalgia, añoranza, soledad, corazón cansado, o esas ganas irrefrenables de juntarse, en algún lugar si es que existe, con la que más amó. Al menos sería lo justo. Lo cierto es que di Chiara agonizaba y alguien le avisó a Eugenia, que salió corriendo, rosario en mano, al que consideraba la máquina más simple para pedirle milagros a Dios, aunque el Altísimo jamás le hubiera prestado la más mínima atención a ninguno de sus ruegos desesperados. Ella insistía, suponiendo que alguna vez se compadecería y le daría la gracia solicitada.

Llegó al Hospital Municipal San Luis. Bragado no podía tener un hospital municipal que tuviera un nombre de un plebeyo, sino por lo menos el de un rey al que por añadidura se lo había reputado de santo.

Di Chiara estaba en una habitación a solas, con unas ventanas altísimas que daban al parque. Eugenia se inclinó sobre la frente de su viejo maestro y le dio un beso tenue. El maestro abrió los ojos. "Te esperaba para no morir tan sola hija." — "dijo Chiara" — "Cada vez que te veo me imagino que mi pequeña María que tendría que ser como tú. Pedí que por favor me pusieran en esta habitación con ventana al jardín porque cuando muera, no quiero andar perdiendo tiempo por los pasillos. Siempre me confunden. Me voy a ir por allí..." — "señalando la ventana" — "Dónde sea, a juntarme con mi Nazarena y la pequeña María, para siempre". Eugenia ensayó varias mentiras piadosas sobre que los médicos habían dicho que se iba a poner bien y que pronto iba a estar tocando el piano nuevamente. El viejo maestro la miró, entrecerró los ojos y le dijo: "¡Es que no entendés vos, Eugenia! No quiero tocar más el piano sino el pelo rubio de mi Nazarena. Cuando yo tocaba el piano imaginaba que se lo acariciaba a ella. Por eso las notas me salían así, porque tenían el amor a mi adorada. Cuando te escuché cantar me imaginé que María, de haber crecido y tener tu edad, también hubiese cantado con tu misma dulzura. Cuando te oía, imaginaba que la estaba escuchando a ella. ¡Las dos tienen hasta el mismo color de ojos!".

Eugenia sollozaba. El maestro continuó: "¿Por qué llorás Eugenia, si yo estoy feliz? *iRidere e godere!* Solo necesito que cumplas con un pedido que me hicieron y que hay que cumplir". "¿Cuál Maestro?" — "preguntó Eugenia. "Yo iba los sábados por las mañanas al Constantino, para ver como estaban las cosas, me sentaba un rato y recordaba alguna música. Si las goteras eran muy grandes le avisaba a los de obras públicas de la municipalidad. El viejo teatro está muy deteriorado. ¿Lo seguirás haciendo vos por mí?". "¡Tengo miedo de entrar sola Maestro!" — "dijo Eugenia. "¿Por qué?" — "asombro el maestro. "Porque dicen que está lleno de fantasmas" — "concluyó Eugenia. El maestro sonrió: "¡Ah! ¡Es

verdad! ¡Los hay por cientos! *Sono così cordiali!* Adoran la música. Son todos los melómanos que vivieron en Bragado y en los pueblos cercanos también. Hay algunos de Chivilcoy y otros que vienen de tan lejos como General Pico. Todos vienen en el tren. *Che ti adore!* Hazlo por ellos y hazlo por mí...”

Un largo silencio y la respiración se volvió ronca. Cerró los ojos y dijo en voz clara, pero muy queda: “Adiós hija...” Diciendo esto le puso en las manos de Eugenia un par de enormes llaves de hierro, que no costaba adivinar que eran las del Constantino.

El maestro cumplió, y las cosas deben haber salido como él deseaba, porque su cuerpo sonreía mientras, tal como lo había prometido, su alma se escapaba por el jardín. Seguramente Nazarena y María lo estaban esperando allí nomás.

Eugenia lloró arroyos, ríos, cataratas y mares de lágrimas. No se podía regar el jardín de la casa de las tías porque su llanto era salado, como todas las lágrimas, y no hacen juego con el dulce néctar de las flores.

Pasaron los meses, pero no los recelos de Eugenia. Temía entrar al teatro vacío, pero debía cumplir con la promesa hecha al viejo y querido maestro. Dios, el que no cumplía con sus pedidos, sin embargo, oficiaba de testigo de aquella promesa.

Una mañana de domingo en verano, se puso un vestido bonito y diciendo que iba a misa la emprendió al teatro. Entró por la puerta de la calle Belgrano que se sabía la contraseña de la llave que Eugenia tenía. Cerró detrás de ella porque no quería sorpresas. Cuando llegó al hall central el encargado de la taquilla la saludó con amabilidad: “La están esperando Señorita, están todos muy ansiosos”. Eugenia no entendía lo que ocurría hasta que entró a la sala. La orquesta municipal afinaba sus modestos instrumentos. El director cuando la vio entrar dio un par de toque en el atril con la batuta y todos se silenciaron. Todas las butacas estaban ocupadas. Las luces a medio prender. Cuando el público la vio, la ovacionaron. El director se puso la batuta bajo la axila para poder aplaudirla mejor. El seguidor apuntaba al centro del escenario. Eugenia caminó por el pasillo central. Tal vez era una sorpresa que le había dejado preparada el maestro di Chiara. Allí estaba el teatro con sus mejores galas. Subió al escenario, como siguiendo una orden divina y se plantó frente al haz de luz. Con las primeras notas, Eugenia supo que debería repetir “*Un bel di vedremo*” de la ópera *Madame Butterfly* de Giacomo Puccini. Eugenia no supo de dónde le salió la voz. Supuso que era del alma directamente, porque sus entrañas le hubieran quedado chicas. Fueron 284 segundos en que todos los presentes no pudieron contener las lágrimas. El teatro vibraba y la orquesta, en un quedado segundo plano, apenas la acompañaba, casi humillada por aquella voz que los borroneaba

de la escena.

Cuando terminó hubo una ovación cerrada. Todos se pusieron de pie incluyendo a los músicos. El aplauso fue más largo que el aria misma. Cuando se fueron apagando, Eugenia cerró los ojos en señal de agradecimiento y se inclinó ante aquel público de entusiastas. Cuando se volvió a erguir siguió oyendo algunos palmoteos. Abrió los ojos y allí estaban varias palomas batiendo sus alas como si fueran palmadas. El sol entraba por un hueco en la pared con tal suerte que la iluminaban en el medio del escenario. El estrado de los músicos estaba tan vacío y polvoriento como las butacas de la sala.

Eugenia espantada, se llevó una mano a la boca y salió corriendo por el pasillo central. Abrió la puerta por la que había entrado, la cerró y le echó llave y corrió en dirección a la iglesia Santa Rosa. Tal vez llegara antes de la lectura del evangelio. Se tapó con la mantilla y entró. Todos los vascos estaban de blanco. En la fila de la derecha y en los bancos más cercanos a la entrada estaban todos los que tenían boinas rojas en la mano. En el lado izquierdo y también atrás, los que tenían boinas blancas. Las mujeres, todas de negro, en las filas de adelante. Había un grupo de paisanos que llevaban chambergos o boinas negras que no se juntaban con los vascos. Decían que eran los peronistas proscriptos de todas partes menos de la misa dominical. Más de uno los hubiera mandado excomulgar por apoyar al tirano prófugo incendiario de iglesias. Eugenia, ajena a esas cuestiones, bajó la cabeza para que no la vieran derramar emoción, miedo, alegría, felicidad y recuerdos en forma de un llanto quedo y profundo.

Terminada la misa, los vascos de boina roja cruzaban al bar, los de boina blanca fueron al Club Alem y los de boina negra se desperdigaban en la plaza especulando si Perón volvería en un avión negro o en un submarino alguna vez. Las mujeres, en el atrio, cometían el mismo pecado que habían prometido no volver a cometer hacía una hora: despellejar al prójimo con chismes y calumnias, pero que esas, las de los domingos por la mañana eran las más sabrosas. Eugenia, con la cabeza casi envuelta en la mantilla, se escabulló a través de los corrillos rumbo a la casa de las tías.

Son cuentos de pueblo, pero dicen que cada domingo Eugenia volvía al teatro a cantar sola, o tal vez para las palomas que entraban por los agujeros que habían quedado de las chapas faltantes del techo. Hubo quienes dijeron que en realidad Eugenia estaba rematadamente chiflada en sus delirios musicales, pero que su voz se oía mejor que nunca, cualquier cosa fuera la que entonara. Un viejo, muy viejo, de sombrero gris, de alas inmensas, más osado que el resto, cantor de tangos, y al que todos lo tenían por loco perdido, arriesgó a decir que en realidad cantaba para los fantasmas de los melómanos y que hasta el mismísimo fantasma del Maestro di Chiara, su mujer Nazarena y la pequeña María iban

puntualmente a escucharla. El lustrabotas de la plaza que tenía apenas 11 años, atestiguaba con toda seriedad, que lo que decía el viejo era estrictamente cierto porque él la espiaba por el agujero de la cerradura del Constantino.

Todos se burlaban de ellos, sin recordar que los viejos y los niños dicen siempre la verdad.

Jorge A. Ricaldoni (C) 2015~2016